

# CAPÍTULO 1

## Cien años

*Marcelo Weretilneck*

Soy tan feliz,  
Que la dicha invade  
Mi felicidad

*Virus, Dicha Feliz, Locura*

En el año 2020 se cumplieron cien años de la publicación del trabajo de Freud llamado “Más allá del principio de placer”. No deja de ser tentador intentar articular lo que el texto argumenta y señala, con la pandemia que, en simultáneo a esa fecha, se hizo presente en todo el planeta, no quedando nadie sin vivir semejante acontecimiento. “Más allá del principio de placer” implica en la obra de Freud, un cambio y un cuestionamiento de lo que hasta ese entonces podíamos definir como el andamiaje conceptual desarrollado por Freud.

Es cierto que una época, un momento ó acontecimiento histórico, no se encuentra al margen de las grandes obras literarias, musicales, ó de desarrollos conceptuales y teóricos. Muchos son los libros que dan cuenta de esa imbricación entre una cosa y otra, entre el momento histórico y la influencia en nociones, conceptos ó teorías que llegaron para abordar algo hasta ese entonces no trabajado. En aquel entonces, era el fin de la Primer Guerra Mundial, momento en el cual Freud escribe el texto mencionado y que funciona como eje de esta publicación.

Este trabajo, intentará desarrollar, con la ayuda de algunos textos anteriores a aquella fecha, el recorrido argumental que lleva adelante, para dar cuenta que el principio rector del aparato psíquico, me refiero al principio de placer, ya no regula, al menos en determinado momento y en circunstancias determinadas (es justamente eso lo que Freud va a argumentar) los decursos, las cantidades, presentes en el aparato psíquico.

En el inicio del año 2020, más precisamente el día 8 de enero, el presidente de la Federación Rusa brindó un reportaje en el canal de televisión *Russia Today*. Allí detalló una serie de argumentos, ó mejor dicho un único argumento, para dar cuenta de lo que él considera el por qué de que estemos viviendo un mundo “relativamente pacífico” (las comillas fueron utilizadas por él).

Comenzó señalando: “Podemos recordar a Einstein, quien dijo: ‘No sé con qué armas se combatirá la tercera guerra mundial, pero la cuarta guerra mundial se peleará con palos y piedras’. La asunción de que una tercera guerra mundial puede ser el fin de la civilización. Debemos contenernos a la hora de llevar a cabo acciones extremas o peligrosas en las relaciones internacionales”.

En la continuidad del reportaje televisivo agrega lo siguiente: “Por cierto, después de la Segunda Guerra Mundial hemos vivido en un mundo relativamente pacífico. Constantemente estallan guerras regionales. Basta recordar la guerra de Vietnam o el conflicto en la Península Coreana, o el que se desarrolla ahora en Oriente Medio, desde Irak hasta Libia. Hay otros conflictos. Pero no hubo conflictos globales. ¿Y por qué? Porque a nivel mundial entre las principales potencias militares se ha entablado una paridad estratégica y, aunque lo que voy a decir puede sonar desagradable, es verdad. El miedo al exterminio mutuo siempre ha contenido a los actores internacionales y ha frenado las principales potencias militares a la hora de llevar a cabo movimientos bruscos. Eso ha obligado a tenerse respeto mutuo”.<sup>2</sup>

“Más allá del principio de placer” es un texto que lleva la impronta de un exceso, de la ruptura, de “una brecha que se abre”. Permanentemente su lectura trae en esa época, y también en estas, las marcas de otro texto. No me refiero sino al “Proyecto de una psicología para neurólogos” ó “Proyecto de psicología” (1850 [1895]), germen, para muchos, de lo que luego llegó, almárgico fecundo podríamos decir, no sólo en Freud sino en Lacan y en todos aquellos que se sienten deudores ó agraciados lectores de aquellos textos. Siete potentes capítulos, que en una ordenada sucesión discurren avanzando sobre las referencias ásperas de la clínica, su oficio cotidiano, y cuestiones de su época.

La indicación, el señalamiento, la referencia, ese “más allá” que se anuncia en el título, implica un golpe fuerte. ¡Cómo seguir pensado ese principio si de lo que nos estamos anoticiando es justamente de algo que se puede situar más allá de dicho principio! Todos los años de trabajo son puestos en cuestión. Se los revisa bajo la lupa del exceso, de la repetición de aquello falto de escritura ó inscripción. El principio de placer, principio rector del funcionamiento del aparato psíquico, ya no es el único ocupándose de eso. Si el principio de placer da cuenta de la pretensión de mantener lo más estable y baja posible la cantidad de energía presente en el aparato, la existencia de un “más allá”, “echa por tierra” con esto.<sup>3</sup>

Palabras que van a intentar decir algo sobre esto no faltan, aunque se podría afirmar que tampoco es que abunden: exceso, repetición, compulsión de repetición, ruptura y hasta una brecha abierta en la última de las protecciones posibles. Otras dan cuenta de lo que no fue posible ó de lo que habría sido de ser posible: angustia, señal de angustia, inscripción, sutura y con eso siempre, solo el dolor, la represión ausente.

<sup>2</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=xhPBmOgatq0>

<sup>3</sup> “Además de las series de las cualidades sensibles, muestra otra serie, muy diferente de aquellas: la de las sensaciones de *placer* y *displacer*, que ahora demanda interpretación. En efecto, siendo consabida para nosotros una tendencia de la vida psíquica, la de *evitar displacer*, estamos tentados a identificarla con la tendencia primaria a la inercia. Entonces, *displacer* se coordinaría con una elevación del nivel de  $Qn$  o un acrecentamiento cuantitativo de presión; sería la sensación  $\omega$  frente a un acrecentamiento en  $Qn$  en  $\psi$ . Placer sería la sensación de descarga. Puesto que el sistema  $\omega$  debe ser llenado por  $\psi$ , resultaría el que con un nivel  $\psi$  más elevado aumentaría la investidura en  $\omega$ , y con en cambio un nivel decreciente la disminuiría. Placer y *displacer* serían las sensaciones de la investidura propia, del nivel propio en  $\omega$ , respecto de  $\omega$  y  $\psi$  constituyen en cierto modo unos vasos comunicantes. De tal manera, también los procesos cuantitativos en  $\psi$  llegarían a la conciencia, de nuevo como cualidades” (Freud, 1950 [1895]/1992, p. 356).

Por los años mil novecientos quince, mil novecientos dieciséis, Freud escribe una serie de textos que se encuentran, por así decir, en otro espacio que el de la metapsicología. Si tenemos en cuenta que en esos años Freud escribe, edita y publica gran parte de los textos que dan cuenta del andamiaje metapsicológico y conceptual de su obra y de su manera de argumentar, elabora a su vez una serie de textos, que en breve señalaremos, que podríamos pensar que se sirven de la metapsicología para dar un paso más en el punto que le permiten abordar una serie de cuestiones de “aquella época”.

Pensemos que escribe: “Introducción del narcisismo” (1914), “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), “La represión” (1915), “Lo inconciente” (1915), “Duelo y melancolía” (1915).

Nos vamos a ocupar de dos textos que comparten la época de escritura de los textos de la metapsicología: “La transitoriedad” (1916 [1915]) y “De guerra y de muerte. Temas de actualidad” (1915)<sup>4</sup>, justamente son textos, sobre todo el primero de ellos, en los cuales Freud nos cuenta una historia, pone por escrito sus dotes de buen narrador, de “contador de historias”. Y en esta figura literaria, el cuento presenta a tres personajes: el mismo Freud, “un amigo taciturno”, es decir alguien ó callado y silencioso ó triste y medio melancólico, y a su vez un joven poeta. Ninguno de estos compañeros de paseo, parecen estar de acuerdo con la postura que Freud sostiene, mientras caminan por un bosque que se supone que sería una región de los Dolomitas<sup>5</sup>, en agosto del año 1913:

La conversación que tuvimos con el poeta tuvo lugar en el verano anterior a la guerra. Un año después estalló esta y robó al mundo sus bellezas. No sólo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron por teatro y las obras de arte que rozó en su camino; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacia tantos pensadores y artistas, nuestra esperanza en que finalmente superaríamos las diferencias entre pueblos y razas. Ensució la majestuosa imparcialidad de nuestra ciencia, puso al descubierto nuestra vida pulsional en su desnudez, desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados duraderamente por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles de nosotros. Empequeñeció de nuevo nuestra patria e hizo que el resto de la Tierra fuera otra vez ancho y ajeno. Nos arrebató hartos de lo que habíamos amado y nos mostró la caducidad de muchas cosas que habíamos juzgado permanentes. (Freud, 1915/1992, p. 311)

La charla que mantienen, mientras caminan por la montaña, transcurre principalmente sobre una cuestión muy puntual que podríamos ubicar con relación a la belleza. Pero el punto

---

<sup>4</sup> En esta línea podemos ubicar un texto llamado “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico” (1915) en el cual Freud aborda una serie de cuestiones justamente “dilucidadas en un análisis”. Trabaja sobre las excepciones, el fracasar cuando se triunfa y el hecho de delinquir a causa de la conciencia de culpa.

<sup>5</sup> Conjunto de macizos montañosos en los Alpes orientales italianos.

a tener en cuenta es que la diferencia entre los personajes radica, en la perdurabilidad de esta. ¿Cómo apreciar la belleza de una flor sabiendo que tiempo después no será más que descomposición y tristeza? Un contrapunto entre la eternidad ó duración de lo bello y aquello que puede perecer. Por el hecho de que lo bello podría perecer ó perecería, carece de valor, se le quita su valor. Nuevamente: ¿qué valor tendría apreciar un ramo de marimónas si días más tarde no estarían más que para tener por destino un tacho de basura ó un compost para abonar la tierra más tarde? En este punto: ¿La cuestión es la belleza ó el tiempo, la duración ó su caducidad?

Sabemos que de esa caducidad de lo bello y perfecto pueden derivarse dos diversas mociones del alma. Una lleva al dolorido hastío del mundo, como en el caso de nuestro joven poeta, y la otra a la revuelta contra esa facticidad aseverada. ¡No, es imposible que todas esas excelencias de la naturaleza y del arte, el mundo de nuestras sensaciones y el mundo exterior, estén destinados a perderse realmente en la nada! Sería demasiado disparatado e impío creerlo. Tienen que poder perdurar de alguna manera, sustraerse de todas las influencias destructoras. (Freud, 1915/1992, p. 309)

A la hora de leer el texto, a la manera de un cuento, como decía con anterioridad, podríamos conjeturar que a partir de este párrafo comienza a desgranarse ó desarrollarse el argumento de lo que nos puede interesar en ese “diálogo”.

Freud sostiene: “El valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo”. Desde allí se pueden trabajar esos dos términos, la belleza por un lado, el tiempo por otro. A partir de este punto entran en juego las ideas de cada uno de los integrantes del paseo, que como ya sabemos, por más que paseen juntos, los tres piensan de manera diferente, ó al menos nos encontramos con dos posiciones ante “eso bello”: sostener y apreciar su valor más allá del tiempo que esté implicado en su duración ó el destrato ó desinterés por lo bello por el simple hecho de su caducidad. Creo entender que este es el punto que le permite a Freud argumentar lo que él entiende como **“un fuerte factor afectivo que les enturbiaba el juicio”**. Sabemos por el desarrollo que realiza en el texto, que Freud argumenta que se trata del duelo y de lo que entiende por trabajo del duelo, “sólo vemos que la libido se aferra a sus objetos y no quiere abandonar a los perdidos aunque el sustituto ya esté aguardando. Eso, entonces, es el duelo” (1915/1992, p. 311).

Breve tiempo después de ese paseo, Freud nos relata que estallaba la primer guerra, la Gran Guerra, para muchos, y junto con esta una gran parte de aquellas bellezas que el hombre ó la naturaleza nos habían permitido apreciar, caían destrozadas a causa de esa guerra y más allá de ese punto, lo cual pone en cuestión la acusación de pesimista que suele caer sobre la persona de Freud, este, escribió hacia el final del texto:

Cabe esperar que con las pérdidas de esta guerra no suceda de otro modo. Con sólo que se supere el duelo, se probará que nuestro alto aprecio por los bienes de la cultura no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su

fragilidad. Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizá sobre un fundamento más sólido y más duraderamente que antes. (1915/1992, p. 311)

El otro texto contemporáneo a “La transitoriedad” es justamente “De guerra y de muerte. Temas de actualidad”, del año mil novecientos quince. Al momento de su redacción ya habían transcurrido, seis meses del inicio de la guerra. El trabajo consta de dos capítulos ó apartados, uno de ellos se llama “La desilusión provocada por la guerra”, el siguiente “Nuestra actitud hacia la muerte”. Es un texto que permite ubicar una serie de cuestiones, pero un punto a resaltar es la postura que Freud define ante la muerte. Resuena aquella afirmación de que sí se quiere soportar la vida hay que prepararse para la muerte (Cf., Freud, 1915/1992, p. 290).

Desde acá, y teniendo presente las referencias mencionadas, podemos avanzar unos años hacia adelante y llegar al texto en cuestión. Texto del cual, como señalábamos en el inicio de este trabajo, en el dos mil veinte se cumplieron justamente, cien años de su publicación. Hablamos de “Más allá del principio de placer”, escrito sobre el final de aquella Gran Guerra.

Son varios los puntos que se pueden abordar sobre este escrito de Freud y sobre aquellos textos que tienen el lugar de cierto antecedente lógico ó argumental de este. Como todos podemos tener presente, el punto crucial del texto en cuestión estriba en el hecho a partir del cual Freud puede sostener que lo que hasta ese entonces se consideraba el principio rector del funcionamiento del aparato psíquico parece ya no serlo. Es decir que en gran medida el texto se ocupa de dar cuenta de cómo el principio de placer deja de ser aquel principio que regulaba, sin discusión, los decursos presentes en el aparato psíquico por Freud perfeñado.

Podemos señalar un simple esquema del desarrollo del texto, Freud comienza ubicando el lugar y la función del principio de placer con la ayuda de dos situaciones ó circunstancias, que implican un desprendimiento de displacer pero que no contradicen al mismo. Luego introduce una serie de situaciones, que se desprenden de su oficio cotidiano de analista con dos largas décadas de trabajo, hablo de su trabajo cotidiano en su consultorio escuchando pacientes, estudiando y siempre escribiendo. La guerra, el trauma, el exceso, el sueño y la repetición se adueñan del escrito, sin embargo, lo que articula ó une a estas nociones, se ubica justamente en la cuestión que estas situaciones, me refiero a lo que Freud escucha en su consultorio y aquello que también ubica por fuera de ese espacio, van a poner en cuestión el imperio del principio de placer. En el tercer y cuarto capítulo se ocupa de argumentar esto. Ubica el “más allá” en esta ausencia de satisfacción originaria para la pulsión y plantea, con su modelo de aparato, una lógica de tratamiento del exceso pulsional y de las consecuencias de estos en la economía de dicho aparato psíquico.

Transcurrieron cien años, y algún que otro más, desde aquel entonces. Sin embargo, el punto crucial del texto, que podemos nombrarlo como el exceso, sigue vigente hoy. Desde sus inicios la obra de Freud mantiene una especie de diálogo permanente con la cuestión de la cantidad y la forma o manera cómo ésta, la *Qn*, se inscribe, se representa, se ligue ó no. “La transposición acontece más bien al servicio del principio de placer; la ligazón es un acto preparatorio que introduce y asegura el imperio del principio de placer” (Freud, 1920/1992, p. 60).

En el capítulo siete de “La interpretación de los sueños”, Freud escribe:

No tenemos dudas de que este aparato ha alcanzado su perfección actual sólo por el camino de un largo desarrollo. Intentemos trasladarnos retrospectivamente a una etapa más temprana de su capacidad de operación. Supuestos que han de fundamentarse de alguna otra manera nos dicen que el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos, y por eso en su primera construcción adoptó el esquema del aparato reflejo que le permitía descargar enseguida, por vías motrices, una excitación sensible que llegaba desde fuera. Pero el apremio de la vida perturba esta simple función; a él debe el aparato también el envión para su constitución ulterior. (Freud, 1900/1992, p. 557)<sup>6</sup>

Siguiendo estas citas, no quedan muchas dudas de que en ambos casos Freud se refiere al imperio del principio de placer, del mismo modo que plantea en el primer capítulo de “Más allá del principio de placer” diversas sensaciones que implican un desprendimiento de displacer, como lo sería el relevo del principio de placer por el de realidad que lleva a que la pulsión deba realizar un rodeo para alcanzar la satisfacción, como la cuestión del síntoma a partir del retorno de lo reprimido, dan cuenta de la existencia del imperio del principio de placer. Nada, en esas situaciones, contradice ni su imperio, ni su operatoria. Justamente será por la vía del exceso de cantidad, por la vía de aquello que escapa de alguna manera al orden del lenguaje, aquello que da cuenta de un exceso imposible de tramitar por la vía del principio de placer, lo que pondrá en marcha el giro del año 1920. Giro que implica un cambio sumamente importante en la economía del aparato psíquico pensado por Freud. En ese punto podemos ubicar lo que ante ese exceso acontece, Freud señala justamente que todo el aparato psíquico se pondrá en funciones para ligar aquel exceso, de darle cierto decurso a semejante cantidad. Una de las formas de pensar esto, sería por la vía de la inscripción ó escritura de aquello innombrable que justamente da cuenta de los límites con los que se encuentra el principio de placer, a los efectos de cumplir con su cometido.

## Referencias

Freud S. (1915). La transitoriedad. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIV* (pp. 307-311). Amorrortu, 1992.

---

<sup>6</sup> “Y si después hallamos que la actividad del aparato psíquico, aun del más desarrollado, está sometida al *principio de placer*, es decir, es regulada de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer, difícilmente podremos rechazar otra premisa, a saber, que esas sensaciones reflejan el modo en que se cumple el dominio de los estímulos. Y ello con seguridad en este sentido: el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el placer con su disminución” (Freud, 1914/1992, p 116).

Freud S. (1915). De guerra y de muerte. Temas de actualidad. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XIV* (pp. 275-301). Amorrortu, 1992.

Freud S. (1920). Más allá del principio de placer. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. XVIII* (pp. 3-62). Amorrortu, 1992.

Freud S. (1950 [1895]). Proyecto de psicología. *Obras completas de Sigmund Freud, Vol. I* (pp.323-436). Amorrortu, 1992.